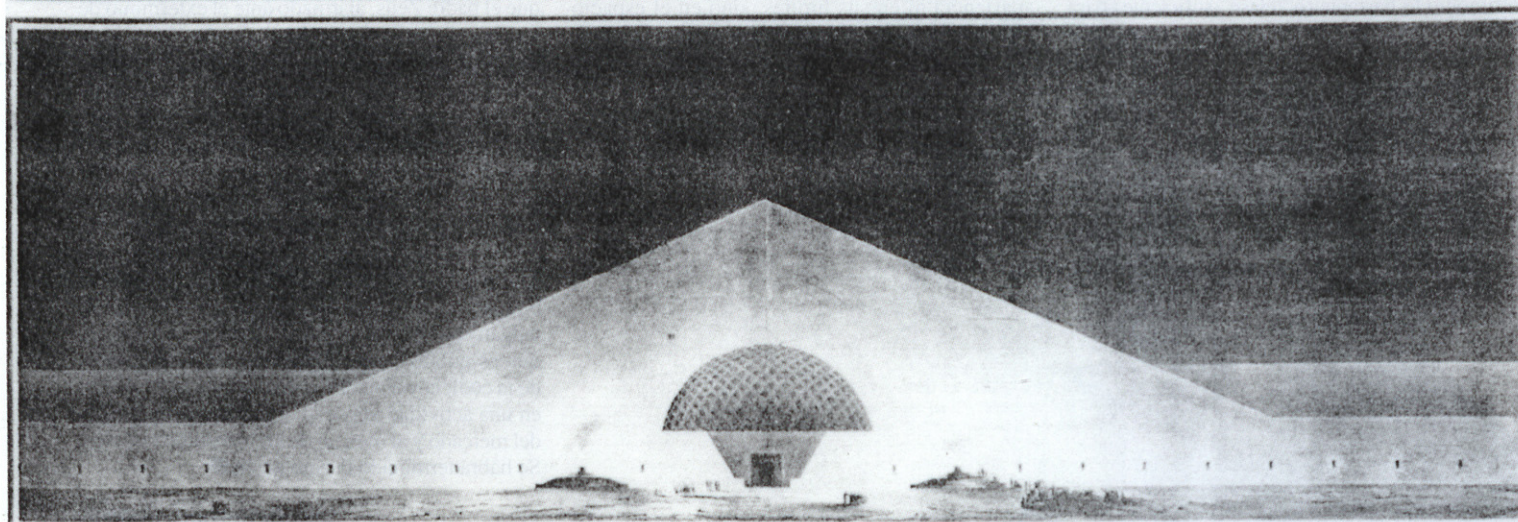
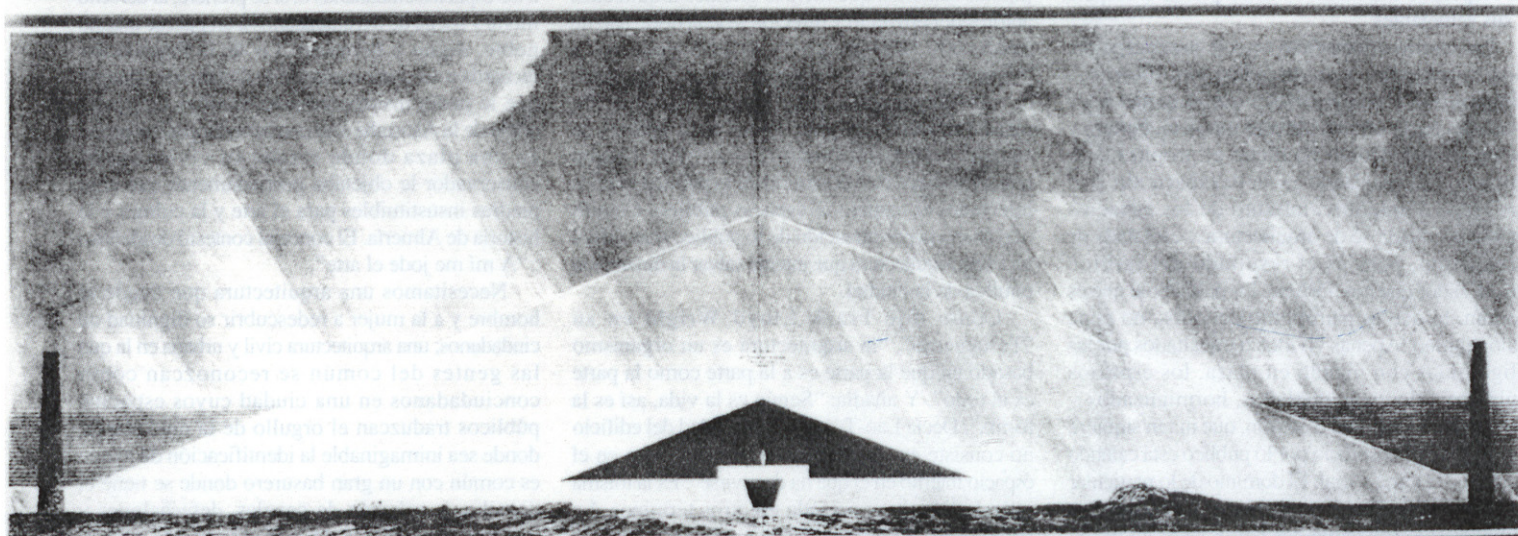
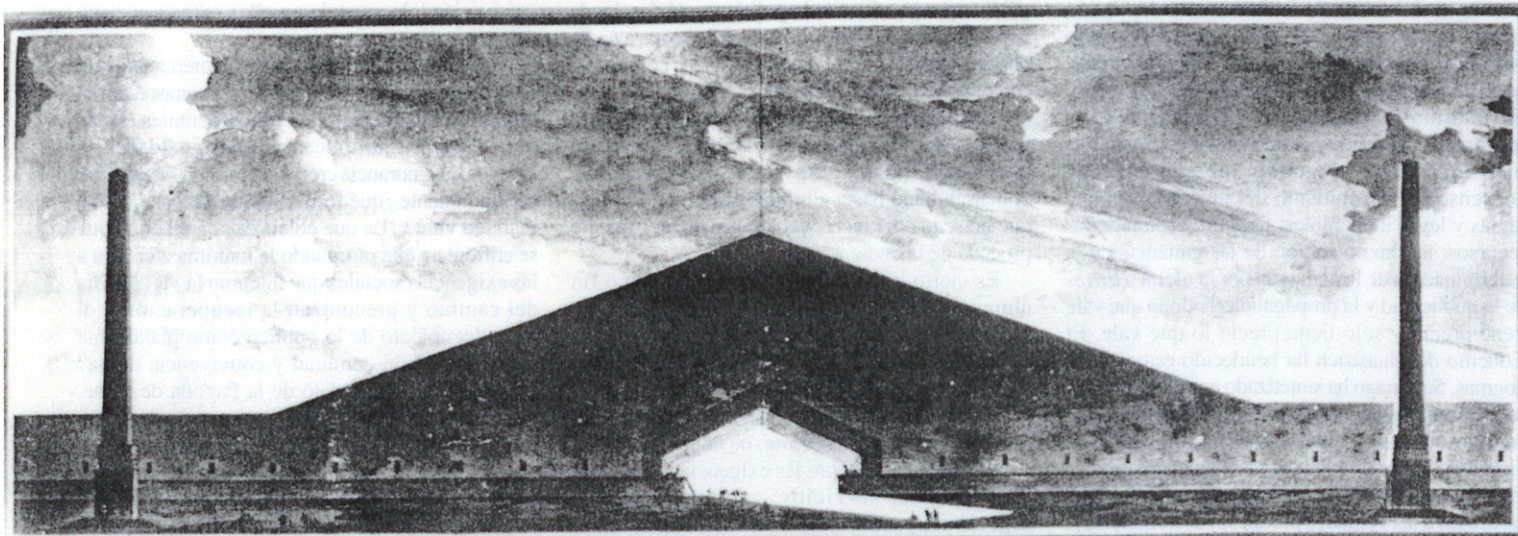
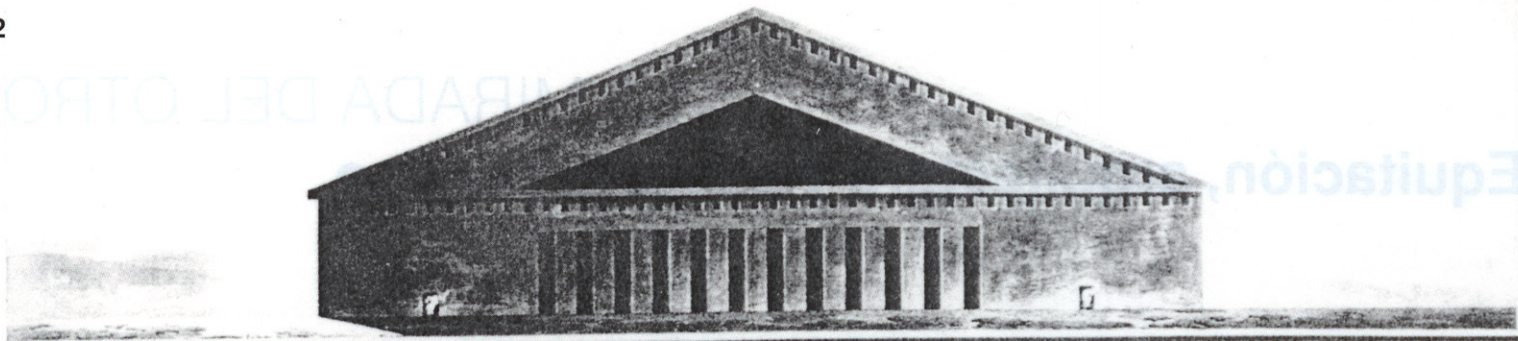




LA SUBTERRANEIDAD DE BOULLÉE

José Laborda Yneva

Cabría pensar que la Ilustración fue un impulso unificador de voluntades en busca de un fin común relacionado con el destierro de actitudes trasnochadas. Cabría también suponer que las formas de las que la Ilustración se valió para conseguir ese destierro partieron de premisas relacionadas siempre con la razón de las cosas, anteponiendo la capacidad del hombre para adueñarse de sus actos a las actitudes volubles o inconscientes, vinculadas sobre todo con el sentir. Sin embargo, pasados los primeros tiempos en que, efectivamente, las artes pugnar por la contención razonada, la propia Ilustración perdió también su sentido, tornándose sus consecuencias tan volubles, al menos, como los efectos indeseados que había tratado de reemplazar.

Naturalmente no puede entenderse la Ilustración como un período estable, mágicamente aséptico, donde cada cosa, a fuer de razonable, hubiera de ocupar su lugar para siempre. No fue así, por fortuna, y podemos ahora contemplar con la perspectiva necesaria cómo el talento fue capaz de romper los moldes estrechos que pretendieron adjudicar una causa a cada efecto. Sin embargo, pese a todo, el ambiente de la época había ya sido afectado sin remedio por la simplificación de las cosas. El horror a cuanto pudiera suponer transgresión de la forma, había logrado calar tan hondo que cualquier manifestación genial no podía menos que fundarse en la conversión geométrica, en la adopción de volúmenes nítidos, escuetos, que debían buscar en la subversión de la escala la transgresión que el genio forzosamente necesita, desechada de antemano cualquier otra forma de expresión impura.

Eso fue precisamente lo que le ocurrió a Boullée. Nadie puede dudar de que su presencia en la arquitectura fue una consecuencia del influjo ilustrado. Sin embargo, el tiempo transcurrido hizo que la manifestación de su talento pudiera producirse sin las trabas del principio: la Ilustración había sido el cauce necesario para encontrar la Revolución, y la Revolución, los arquitectos revolucionarios, llamados

así desde que Kaufmann decidió que así fuera, ejercieron una forma expresiva que encontró en la grandilocuencia su cauce para proseguir en el camino del genio. Un genio, por otra parte, que en el caso de Boullée casi no logró superar las dos dimensiones del papel. Boullée construyó poco y dibujó mucho; sus edificios apenas consiguen destacarse de otros muchos de su tiempo. Sus dibujos, en cambio, su forma espontánea de expresión, permite apreciar la valía de su actitud innovadora, precursora indudable del concepto contemporáneo del espacio edificado.

Boullée captó de Blondel, sobre todo, cuanto el maestro tenía de avanzado, de afanoso por la novedad. Formó así su personalidad compleja, cuyo escape no logró -al contrario de lo que ocurrió con Ledoux- traspasar el mundo de lo utópico para convertirse en certeza construida. Nunca estuvo en Italia, como tan frecuente era; pero tal vez Italia, en su caso, no hubiera conseguido alterar ni siquiera matizar su intención. Queda sin embargo la duda de si la falta de haber visto construidas sus propuestas no añadiría un componente de frustración que acaso pudiera irse incrementando a medida de que transcurría su vida. Boullée permaneció soltero hasta su muerte en 1799 y su talento, la intuición precursora de sus dibujos sorprendentes, no fue reconocida hasta muchos años después.

Fue la geometría el argumento recurrente de su obra. Geometría ajena a la escala, más allá de la proporción, propicia a la monumentalidad conseguida mediante el manejo de volúmenes sencillos. Su pasión por la esfera, su consideración por ella como volumen perfecto, depositario de la pureza de la forma, capaz de expresar ligereza y majestad al mismo tiempo; sus sombras cambiantes, su textura nítida, su continua invitación a formar parte de ella. Tal vez Boullée -como algún otro arquitecto revolucionario, Lequeu, por ejemplo- podría ser considerado como un adicto a lo femenino, al encuentro con el interior de la forma, a lo subterráneo, a lo que invita a ser penetrado. Naturalmente no puede compararse la pureza

formal de Boullée con la caótica y contradictoria expresión de Lequeu, pero el talante, la sensación final tal vez pueda ser parecida. Precisamente esa subterrneidad de Boullée aparece patente en muchos de sus proyectos: el Palacio de la Asamblea Nacional, por ejemplo, ofrece su imponente volumen ciego, señalado tan sólo por la blanda oquedad del pórtico y flanqueado por hitos emergentes en forma de recias columnas.

Cabría pensar, incluso, ante esa repetición de sus actos, en un mensaje simbólico que tratara de trasponer a la arquitectura alguna otra obsesión interior. No se trata tan sólo de "arquitectura parlante" que dibuja en sus plantas frívolas referencias sexuales; se trata en Boullée de una intención más profunda, recurrente, que encuentra en las formas geométricas un modo de expresión plástica convincente. Es lo subterráneo, revestido de carácter emergente; porque los proyectos de Boullée nunca fueron efectivamente subterráneos; al contrario, fueron enormes masas geométricas posadas sobre planos horizontales abiertos, como prominencias naturales del terreno, provistas todas ellas de una simetría focal, necesariamente atractiva, donde el foco aparece dibujado con especial cuidado, factor desligado por completo de la razón geométrica. ¿Cabe entonces buscar otra razón en las propuestas de Boullée que las torne tiernas, mórbidas, en medio de la dureza geométrica de su forma?

Seguramente no, o, al menos, no de una forma voluntaria, como cabría suponer doscientos años después de su muerte. Nuestro momento se ve aquejado por el afán de encontrar razones ocultas que permitan explicar gestos que nuestra actual forma de ver las cosas convierte en incomprensibles, si no media un tácito o explícito componente sexual. Estamos habituados a buscar razones fálicas en todo aquello que se yergue, sin considerar acaso que lo erguido puede también apuntar a lo sublime. Estamos habituados también a interpretar imágenes susceptibles de ser penetradas en lo recóndito, en lo reservado, en lo que tan sólo supone privacidad y

cobijo. Ciertamente en nuestro tiempo han sido aclaradas algunas cuestiones sobre el comportamiento humano, pero tal vez muchas otras han conseguido ser confundidas e interpretadas de manera impropia.

Por eso, los dibujos de Boullée, sus cenotafios sobreabundantes, recónditos, axiales, perforados, exceden de una interpretación ligera. No cabe duda de su subterrneidad, de su introversión, de su deseo de pertenecer a un mundo onírico interior; ¿por qué Boullée prodiga tanto esas imágenes en las que hoy encontramos tanta perversión geométrica? Tal vez porque su propio mundo encontraba la grandeza de la arquitectura en la apariencia, en la distorsión de la escala, en la confluencia focal que otorgara a sus sueños la necesaria medida humana, en la fuerza consciente del vacío interior, como ocurre, por ejemplo, en su proyecto para la ampliación de la Biblioteca Nacional. Todo en ese interior confluye hacia un punto, es cierto, pero se trata tan sólo de una forma de orientar la perspectiva; el espacio interior resulta ser mucho más sugerente que la mera confluencia longitudinal.

¿Razón de simetría central? ¿Razón de focalidad? Situémonos en el interior del cenotafio de Newton; ya hemos traspasado la angosta abertura de la enorme esfera posada sobre el horizonte, ya hemos logrado superar el reto amable que nos invitaba a penetrarla. ¿Qué encontramos? Encontramos el firmamento, la sensación de participar en él, sumergidos en el recinto subterráneo que Boullée imaginó como homenaje máximo a la ciencia. ¿Cabe suponer en ello razones diferentes? En eso estriba el enigma de Boullée, en el motivo real de sus insólitos dibujos que hacen de la arquitectura una razón intelectual diferente a cuanto hasta entonces se había planteado. De ahí también la actualidad de su doctrina dibujada, de sus edificios jamás construidos en su tiempo, que sí serían posibles en el nuestro, sin que nadie, que sepamos, haya tratado aún de convertirlos en certeza construida. ■